

Nini: ni crecimiento ni igualdad

La pobreza que supimos conseguir

Informe Mensual N° 139

02 de febrero de 2021

Esquema del informe

- I. Editorial
- II. Introducción
- III. Pobreza: La mitad menos 2
- IV. Distribución: ¿Una sociedad en el Limbo o en el Bardo?
- V. Las chances de salir de la pobreza
- VI. La nueva normalidad
 - a. Piso de pobreza y ocupación
- VII. Volviendo al túnel de Hirschman
 - a. Actividad, desigualdad y pobreza. Algunas conclusiones.
 - b. Del crecimiento a la desigualdad y luego a la pobreza.
 - c. De la (des)igualdad al crecimiento y luego a la pobreza.
- VIII. Recapitulando

Guido Lorenzo

Director Ejecutivo

g.lorenzo@lcsa.com.ar

Melisa Sala

Economista jefe

m.sala@lcsa.com.ar

Julia Segoviano

Economista

j.segoviano@lcsa.com.ar

Franco Mastelli

Economista invitado

fmastelli@gmail.com

Emilia Calicibete

Analista

e.calicibete@lcsa.com.ar

Florencia Blanc

Analista

f.blanc@lcsa.com.ar

Bautista Bassi

Analista

b.bassi@lcsa.com.ar

La pobreza del segundo trimestre del 2020, a pesar de la ayuda social, trepó al 47,8%. Casi medio país en situación de pobreza. Una radiografía de la situación queda expresada en los siguientes números: el 13% de la población estuvo en situación de indigencia, un 35% son pobres no indigentes, 20% están en una situación de vulnerabilidad debido a que sus ingresos equivalen como mucho a 1,5 veces la Canasta Básica Total que delimita la línea de pobreza. Tan solo un tercio de la población no tuvo problemas de ingreso.

El PBI per cápita (equivalente al ingreso), retrocede a niveles de medio siglo atrás y a pesar del esfuerzo del Sector Público por hacer transferencias por cubrir el déficit de los deciles más bajos, la distribución empeoró respecto a aquellos tiempos. Aún sin considerar la crisis de la pandemia, el PBI per cápita cayó en los últimos 10 años y la desigualdad se mantuvo constante. La economía no pasó ni por un proceso de crecimiento, ni por uno de inclusión social, independientemente del gobierno la desigualdad no pudo romper el piso que dejaron los 80.

De todas formas, el número de personas en situación de pobreza es alarmante. Bajo supuestos generosos de una reactivación del mercado de trabajo y crecimiento de los salarios la misma puede alcanzar un piso de 43% para el tercer segundo del año corriente. Definitivamente hay que crecer, pero no parece que alcance para dar vuelta fácilmente esta situación.

El diálogo político, si existe, se para en dos veredas que plantean soluciones que parecen antinómicas. Por un lado, un crecimiento basado en la meritocracia y la eficiencia. Del otro lado, una redistribución de ingresos de un país que no produce ingresos. No puede un país crecer marginando a la mitad de la población, esperando que en algún momento se derrame ese crecimiento. Esa mirada es tan simplista como esperar que la situación mejore simplemente redistribuyendo ingresos que son migajas.

El crecimiento inclusivo existe, es un círculo virtuoso donde el mismo genera aumento de las tasas de ahorro, inversión en capital físico y humano, lo cual eleva la productividad y acumulación de los factores elevando el PBI potencial. Pero no estamos ni cerca de encarar ese círculo, que se contrapone con uno vicioso mediante el cual la pobreza se perpetúa, los ahorros no se canalizan a inversión, se degrada el capital humano y la rueda gira en un espiral descendente.

Muchas veces existe la pregunta acerca de cuánto 'aguanta' esta situación, una caída del PBI similar a la de 2002, una tasa de pobreza igual a la de aquel momento. Si la recuperación del mercado de trabajo no se da y la inflación sigue carcomiendo ingresos de familias, la pobreza podría superar el 50% este mismo año. Seguir en esa senda es una cuestión de tiempo para desencadenar una crisis social.

Podría existir la discusión acerca de cómo empezar a hacer girar la rueda, si es redistribuyendo o creciendo, pero ni siquiera esa discusión aparece en el campo del diálogo político. Dentro de tantos stocks que se han comido los distintos gobiernos, actualmente nos estamos devorando el stock de clase media. Los pobres son cada vez más pobres y los deciles más altos, incluso el décimo, es cada vez más pobre. No hay forma de que el país no se polarice en esa situación.

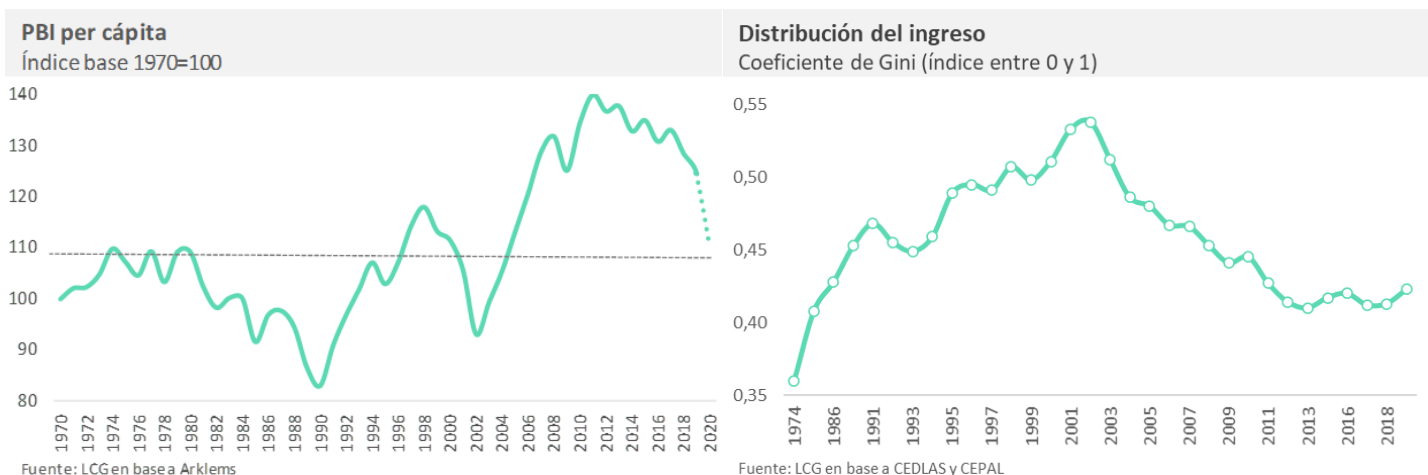
El actual rumbo llega a ser ridículo, se habla de la necesidad de generar empleo para una fuerza laboral no cualificada y al mismo tiempo se pretende avanzar en insertarse al mundo exportando servicios intensivos en capital humano. Esos niveles de contradicción son, en alguna medida, el producto del fracaso de no comprender adecuadamente en el pasado y en el presente las interconexiones entre crecimiento e igualdad y entenderlas como un ciclo o relación bidireccional en lugar de ponerlas en extremos contradictorios.

Introducción

Hirschman en 1973 desarrolló el conocido ‘efecto túnel’. Resumiendo, si uno está en una avenida con dos carriles atascado en el tránsito y, de repente, parado desde el carril de la izquierda ve cómo avanza el de la derecha (desigualdad), genera en lo inmediato una satisfacción porque quien sigue atascado piensa que el tránsito se descongestionará pronto y le tocará al de la izquierda avanzar también. Si el de la izquierda permanece atascado durante algo más de tiempo y el de la derecha fluye ya no es tan claro y posiblemente intente ‘colarse’ en el otro carril, lo cual es sano debido a que avanzará (progresará socialmente). Esta idea es la de una desigualdad que funciona como motor de crecimiento.

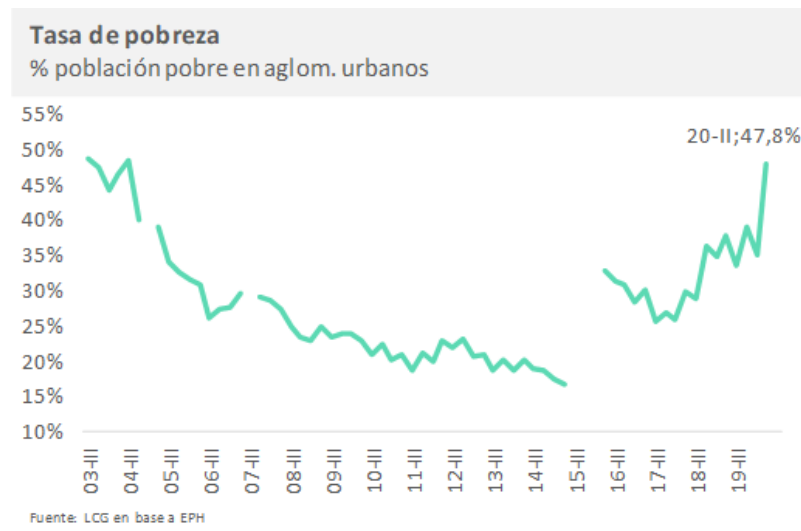
Ahora, ¿qué sucede cuando mucha gente y por mucho tiempo queda en el carril de la izquierda atascada y ve sin posibilidades moverse al carril que avanza? La desigualdad deja de funcionar como motor. La avenida se parte en dos calles separadas donde los que avanzan culpan a los del carril izquierdo de que eligieron mal o simplemente no saben conducir, incluso que ocupan espacio. Los de la izquierda miran con un odio razonable a los del carril de la derecha. Alguien tiene que ordenar esa situación para que el tránsito fluya en ambos carriles, porque el riesgo de que vuelva a atascarse también el carril derecho se vuelve cada vez mayor (se frena el crecimiento).

Siguiendo la misma lógica, el problema de Argentina es grave. Muchos permanecen en el carril izquierdo hace rato y la pandemia congestionó todo el tránsito dando un golpe final a una situación que ya era delicada. De hecho, Argentina tiene un PBI per cápita igual al de hace 50 años, pero mucho peor distribuido. La pandemia dejó el mismo PBI que en 1974, pero el índice de Gini se ubica en niveles superiores al de 5 décadas atrás. Este indicador, que mide la distribución del ingreso, se sitúa en un rango entre 0 y 1, donde, en el extremo, el 0 implica una sociedad muy igualitaria y el 1 implica desigualdad total. Mientras que en 1974 se ubicaba en 0,36, actualmente se coloca en 0,44, acercándose más hacia el extremo más desigual y dejando entrever que los ingresos en los deciles más altos tuvieron una mejor dinámica que en los deciles más bajos.



Pobreza: La mitad menos 2

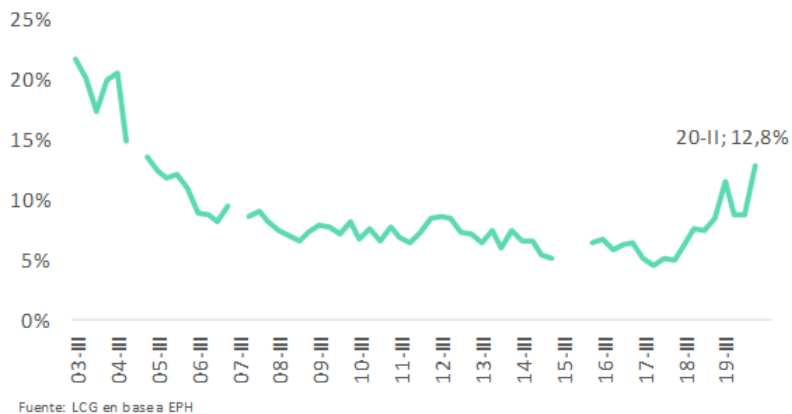
El dato de pobreza del primer semestre del año pasado, publicado por el INDEC, arrojó una pobreza de 41%. Es preocupante, pero no recoge de lleno el impacto debido a que se mezcló información previa al comienzo del confinamiento. La pobreza en el 2T-2020, momento más agudo de la pandemia, trepó a niveles comparables con la crisis de 2001: 47,8% de las personas vivía en condiciones de pobreza; equivale a 22,6 millones de personas (al extrapolar la población relevada en los 31 aglomerados urbanos de la EPH que informa el INDEC).



Con una medida de pobreza absoluta, tomando la Canasta Básica Total, en el 2do trimestre del año pasado si uno elige a un hogar argentino urbano al azar encuentra casi con la misma probabilidad que sea pobre o no. Casi medio país no logra acceder a una canasta básica de consumo.

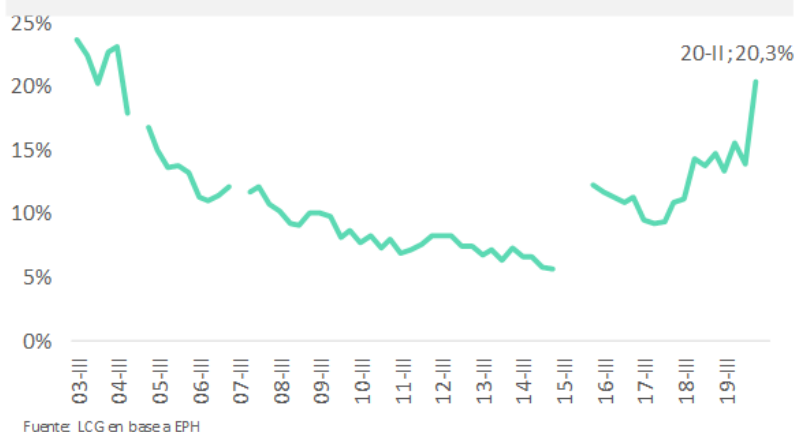
Si hay algo más desesperante aún es la indigencia. En este caso, la misma volvió a los niveles de 15 años atrás (12,8%). Estos datos corresponden además a 31 aglomerados urbanos, en una economía dual donde hay un sector rural importante (alrededor del 10%), el número real seguramente sea más elevado.

Tasa de indigencia
% población pobre en aglom. urbanos



Retomando el problema de la pobreza en general, no sólo aumentó alcanzando a la mitad de las personas de los centros urbanos relevados por el INDEC, sino que además se intensificó. En otras palabras, los pobres se volvieron más pobres. La aceleración de la inflación previa al confinamiento, sumado al desplome de la actividad logró que se duplique la brecha de pobreza, trepando del 10,8% al 20,3% en apenas dos años. A precios de hoy, esto significa que en promedio un hogar pobre necesita \$ 30.500 para abandonar su condición de pobreza, \$4.700 más que hace dos años.

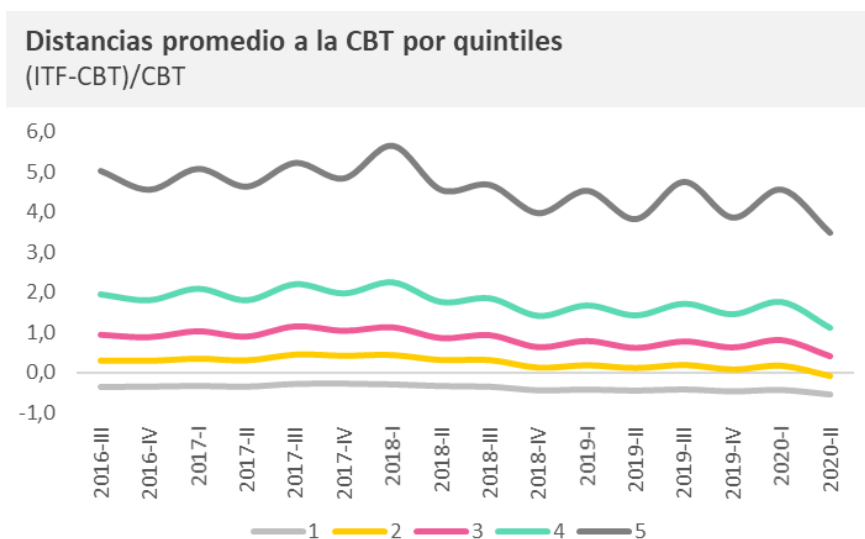
Brecha de pobreza
Tasa de pobreza ajustada por intensidad de la pobreza (dist. a LP)



Son situaciones que realmente indican un grado de deterioro social, que deja cicatrices. Así como los pobres están cada vez más lejos de salir de su situación, los no pobres también quedaron más cerca de entrar en situación de pobreza. Todos hemos descendido escalones en relación con los ingresos medios (consistente con el

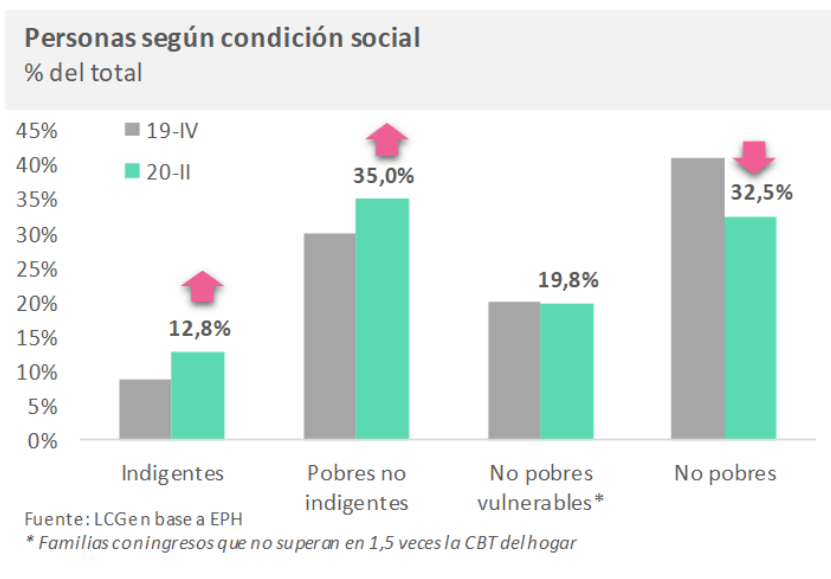
retroceso del PBI per cápita a niveles de 50 años atrás). Es poderosamente llamativo y alarmante el hecho de que el 80% de las personas están o en situación de pobreza o en límites de contar con menos de dos canastas básicas de consumo. Dentro del 20% restante, los ingresos también venían en caída y lo profundizaron en 2020.

Somos una sociedad que no mejora la distribución de ingresos y nivela para abajo. Como se puede ver en el siguiente gráfico, si el eje de ordenadas representa la distancia promedio a la canasta básica total, todos los quintiles de ingresos se fueron acercando a ella salvo el primero que profundizó su pobreza (distancia “negativa” a la canasta básica total).

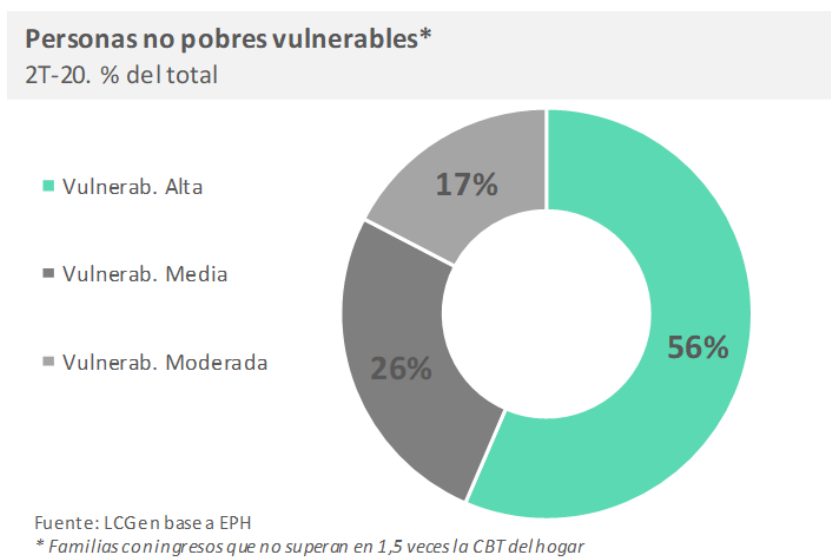


Fuente: LCG en base a EPH INDEC

Dentro de los que siguen siendo no pobres, si definimos como vulnerables a quienes acceden con su ingreso a solventar apenas entre 1 y 1,5 veces el valor de la canasta básica total (CBT) los mismos alcanzan casi los 10 millones de personas, casi 20% de la población. La cantidad de gente dentro de este grupo se mantuvo constante respecto a la situación previa al confinamiento: muchos no pobres que estaban en situación de riesgo y hoy son pobres, y muchos que de los que no estaban en riesgo ahora son vulnerables, están en una situación límite.

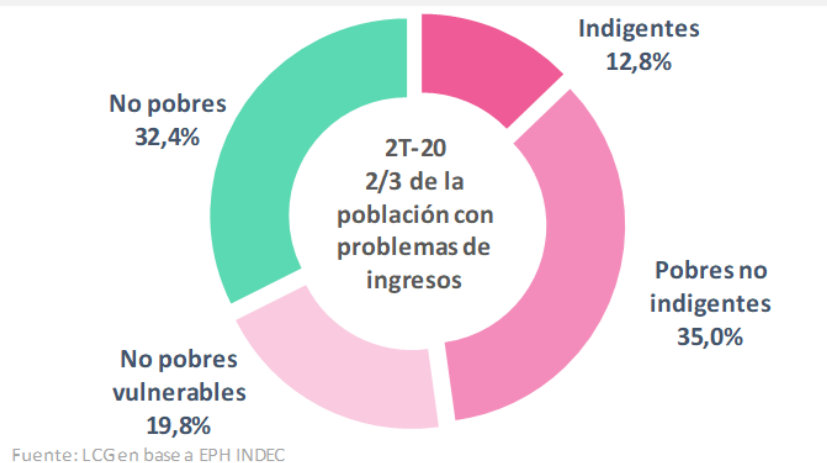


Pero dentro de los no pobres vulnerables, la situación es apremiante para la mayor parte de ellos: el 56% se encuentra en riesgo de pobreza alto, con ingresos que apenas llegan a comprar 1,25 veces el valor de la CBT.



En resumen, la foto socioeconómica de la población argentina hoy incluye: 48% de pobres, 20% de no pobres vulnerables con riesgo de ingresar en situación de pobreza y apenas 32% de personas que logran escapar a este flagelo.

Población según condición de pobreza
% del total

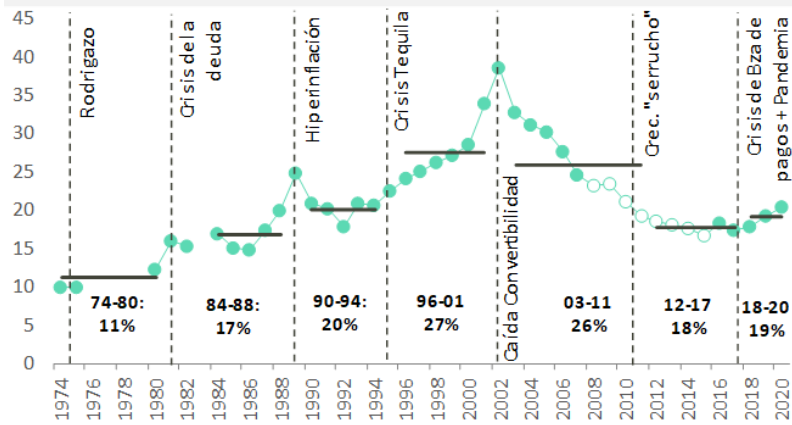


Distribución: ¿Una sociedad en el Limbo o en el Bardo?

Según la tradición cristiana, hasta principios de este siglo se pensaba que, fallecidos antes de la resurrección de Jesús y niños que mueren sin ser bautizados, permanecían en el Limbo. Un proceso, más que un lugar físico, donde no se goza ni se cae en el infierno. Ese estado es permanente, nadie podía sacar un alma que caía en el Limbo. Para el budismo, el proceso entre reencarnaciones se conoce como Bardo, un estado temporal. ¿Dónde se encuentran estas pobres almas?

No sólo la pobreza mostró un deterioro en los últimos años, sino también la distribución del ingreso, medida de cómo se distribuyen los recursos que produce un país cada año. Mientras que el PBI per cápita se mantuvo en los niveles de 1974, la brecha de ingresos entre el decil más alto y el más bajo se duplicó de 10x a 20x en ese período, es decir, con un mismo producto, la desigualdad ha empeorado. Incluso si se quita el efecto de la pandemia de por medio, ya en 2019 el PBI per cápita era inferior al de 2010 y la brecha de ingresos se mantuvo constante en torno a los 19x, lejos de las 10x de hace medio siglo atrás. Ni siquiera una década con muchos años de crecimiento, como fue el período que abarca 2003-2011, permitió disminuir la desigualdad a los niveles que existían en los años 70.

Cociente de ingresos de deciles extremos (Y10/Y1).
Deciles de hogares según ingreso per capital familiar



Fuente: LCG en base a INDEC

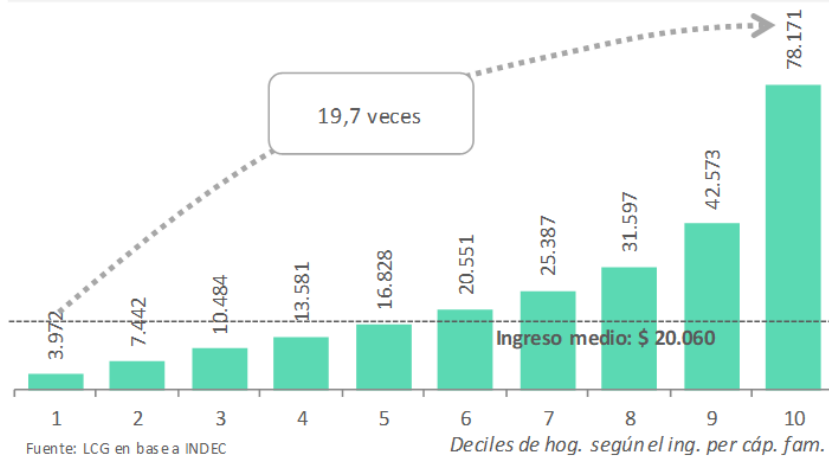
refiere a los datos publicados por el INDEC en medio de la intervención del organismo.

Entonces, ¿la economía cayó en el Limbo sin que nadie haga nada? Sería difícil afirmarlo, considerando que en las últimas décadas la economía no funcionó a la deriva, sino que el Estado estuvo tratando de garantizar mediante transferencias que la desigualdad no creciera y que hubiera menos gente en situación de pobreza. Se vuelve más crítica la situación, entonces, cuando se considera que la distribución de los ingresos empeoró, incluso durante un período en que se incrementó la asistencia hacia los deciles de menores ingresos.

La última década dejó mucho que desear en materia de ingreso por habitante. Se encuentra igual de mal distribuido que hace 10 años, pero con ingresos menores: la pobreza creció de 21% a 48%. Quizás no estamos en un Limbo, estamos en esa transición a una mejor ayuda del Estado que permita mejorar los indicadores de desigualdad. La ayuda se terminó de consolidar en el tercer trimestre y los datos de desigualdad no mejoraron. La brecha entre los ingresos per cápita de los hogares de los deciles extremos se mantiene en 19,7x.

Ingreso per cápita medio por decil

Datos del 3T-20, en \$

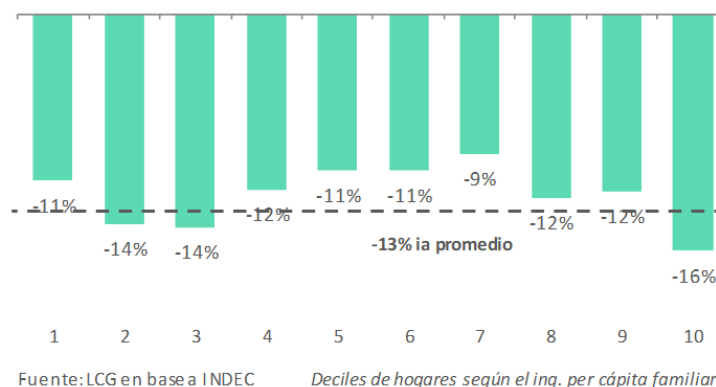


En todo caso, la asistencia apenas logró moderar lo que habría sido un marcado deterioro de la desigualdad a partir del descalabro que el confinamiento generó en el mercado de trabajo. Sin embargo, la reversión de las principales políticas asistenciales a partir de este año, sin haber logrado la recuperación plena del empleo, posiblemente tengan su correlato en términos de distribución de ingresos, elevando nuevamente la brecha de ingresos entre deciles extremos.

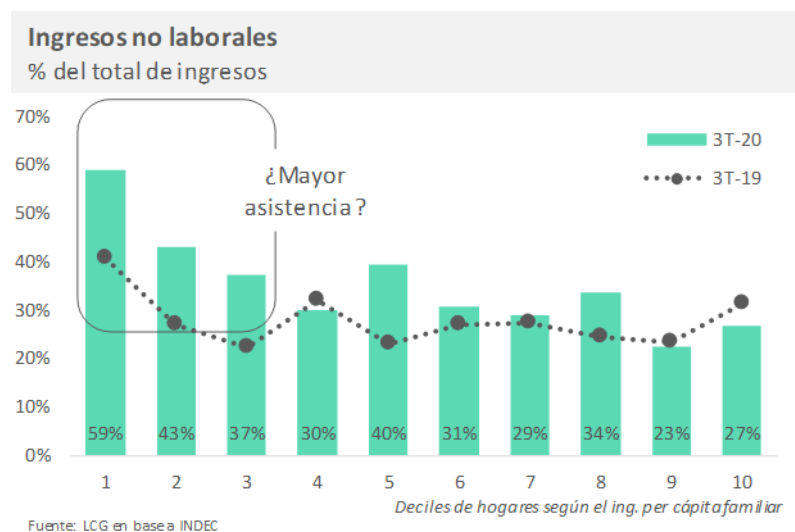
Hacer contrafactual es difícil, pero la caída de ingresos que se vio fue pareja en todos los deciles. Si bien los ingresos no laborales en los primeros deciles crecieron en relación a un año atrás, al analizar la trayectoria en todos los estratos, lo que se observa es que la pérdida real de los ingresos fue similar para la población de mayores ingresos y para la de menores, durante el último año.

Ingreso per capita de los hogares

a/a real promedio, por decil. 3T-20/3T-19



La asistencia estuvo dirigida a proteger a los más vulnerables. Incluso, esta es la otra cara de la mayor intensidad de la pobreza. Los ingresos del decil más alto cayeron poco más que el promedio. Ahora, sin la asistencia, una vez quitado el IFE principalmente, posiblemente la brecha de ingresos se eleve nuevamente si es que la recuperación derrama primero sobre los deciles más altos debido a que comerciantes, autónomos, propietarios de capital y con ingreso mixto se vieron perjudicados con el cierre de actividades. Los ingresos de esos deciles crecerían y la reducción de las transferencias pegaría de lleno donde el ingreso no laboral tiene más participación, primeros deciles.



Las chances de salir de la pobreza

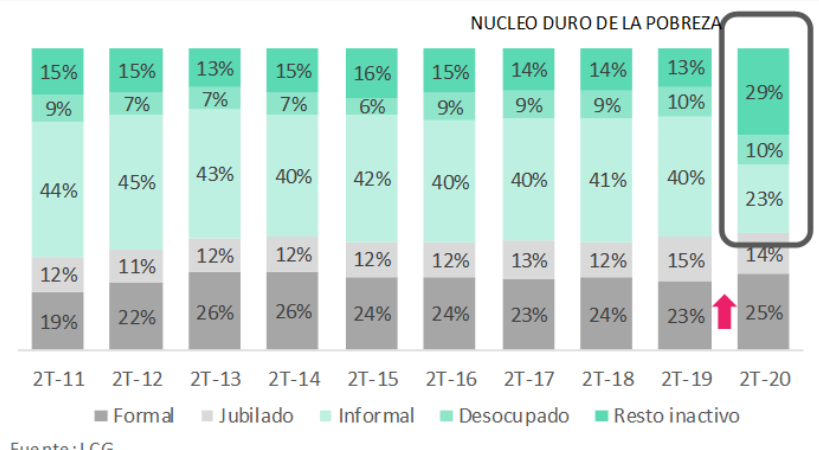
La situación de pobreza crónica genera fuerzas de persistencias que derivan en la llamada transmisión generacional de la pobreza: adultos pobres teniendo hijos pobres, que a su vez tienen probabilidad elevada de también convertirse en adultos pobres. Esta transmisión general puede devenir de los efectos de largo plazo de la mala nutrición infantil, educación de bajo nivel, mal cuidado de la salud, falta de oportunidades y/o tenencia de pocos activos físicos y financieros.

La otra cara de la moneda es el fenómeno de histéresis del mercado laboral, que da cuenta de los efectos negativos permanentes de la situación de desempleo. Este efecto toma particular importancia en Argentina, que presenta desde hace años un mercado laboral muy rígido con escasa generación de nuevos puestos laborales.

El núcleo duro de la pobreza es de 60% hace ya varios años. Involucra a casi 3,3 millones de hogares (extrapolado a la población total) que cuentan con jefes de hogar con un empleo informal, que están desocupados o que son inactivos (no tienen empleo y tampoco buscan uno). Lo que sí hizo la pandemia es modificar la composición de este núcleo duro: muchos menos trabajadores informales son jefes de hogares pobres y ganaron participación

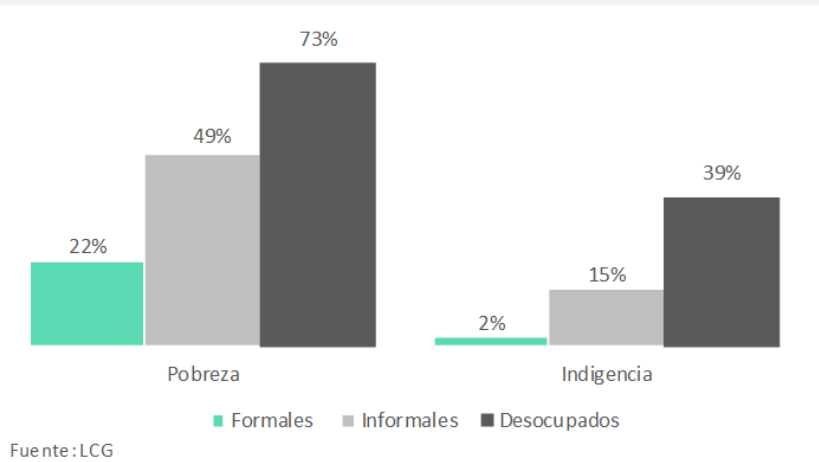
los inactivos. Esta situación es el reflejo de lo que ocurrió en el mercado de trabajo con las tasas de actividad y ocupación en el 2T y 3T del año pasado; el desempleo no fue tan elevado (13,1%) gracias a que la tasa de actividad cayó casi 10 pp.

Jefes de hogar en situación de pobreza según condición de actividad. % del total



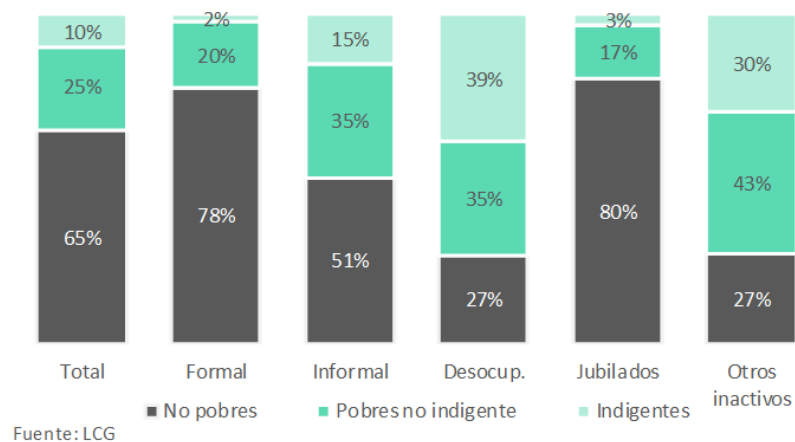
Pero más allá del efecto que deja la pandemia, llama la atención que dentro de los hogares pobres ganan representación los jefes y jefas de hogar con trabajos formales. En 2011 sólo representaban 19% del total, hoy 25%. Ya no alcanza con tener un empleo formal para eludir la pobreza. 2 de cada 9 jefes de hogar con un trabajo formal, vive hoy en un hogar pobre.

Pobreza e indigencia según condición laboral de los jefes de hogar. 2T-20



Permanecer en la informalidad más que duplica la probabilidad de vivir en un hogar pobre y multiplica por 7 las posibilidades de pertenecer a uno indigente. El 73% de los hogares con jefes o jefas sin empleo viven en la pobreza y casi el 40% atraviesa una situación de indigencia. Y, aun cuando no escapan del flagelo de la pobreza, los hogares con jefes de hogar con un empleo formal o ya jubilado, tienen una probabilidad menor de vivir en situación de pobreza: apenas 2 de cada 10.

Jefes de hogar según formalidad laboral
% del total. 2T-20



Sin embargo, cambiar de categoría no es una cuestión sencilla, la movilidad social no se ve con precisión. Analizando los últimos 5 años en forma trimestral se puede calcular la probabilidad de cambiar el estatus.

Matriz de transición hacia las distintas categorías
Probabilidad (%)

Categoría actual	Asalariados estatales	Asalariados formales privados	Asalariados informales	Cuenta Propistas	Desocupados	Inactivos	Otros	Patrones
Patrones	1.2	5.21	6.17	30.56	1.71	5.28	0.84	49.03
Otros	5.27	16.27	13.87	10.82	2.62	15.56	32.21	3.37
Inactivos	0.61	1.42	6.43	4.93	7.12	78.86	0.35	0.29
Desocupados	0.98	4.54	19.22	11.09	33.93	29.53	0.29	0.42
Cuenta Propistas	0.82	2.35	11.13	63.02	5.72	11.64	0.53	4.78
Asalariados informales	2.1	8.24	58.85	9.43	7.59	12.37	0.35	1.09
Asalariados formales privados	3.8	83.72	5.81	1.52	1.76	2.21	0.69	0.49
Asalariados estatales	86.5	6.99	2.41	0.9	0.58	1.88	0.51	0.23

Un desocupado en un trimestre tiene muchas más chances de ser conseguir un empleo informal que uno formal en el siguiente trimestre. De hecho, tiene más chance de seguir desocupado que de conseguir un empleo informal, y si no lo consigue, entonces lo más probable es que pase a ser inactivo.

Un inactivo muy probablemente permanecerá inactivo en el siguiente período. Una vez que se sale del mercado laboral es muy difícil reinsertarse: apenas el 7% pasa de la inactividad a la desocupación y solo un 12% logra conseguir ingresos bajo cualquier condición laboral.

Los asalariados formales estatales son los que llevan la ventaja de permanecer en esa categoría de “trabajador formal” (86% de probabilidad). Incluso tienen más estabilidad que los asalariados formales del sector privado (84% de probabilidad de permanencia).

La nueva normalidad

Piso de pobreza y ocupación

Muchas de las distorsiones en el segundo y tercer trimestre del 2020 tuvieron que ver con el confinamiento, la imposibilidad de moverse y en consecuencia la caída de la tasa de actividad, pero, cuando se aleja la lupa, se logra ver que el problema tiene un arrastre de al menos 10 años. Con este peso sobre la espalda, el futuro en términos de pobreza e indigencia es realmente preocupante.

Un ejercicio simple, con supuestos ‘razonables’ lo pone de relieve. Asumamos que todos los inactivos nacidos a la luz de la pandemia retoman al mercado. Además, supongamos que todos consiguen empleo y además supongamos que el salario real de la economía en su conjunto se recupera 3% en promedio anual. Este sería un escenario al que cualquier policy maker desearía aspirar un año después del pico (económico) de la pandemia. Sin embargo, los datos que surgirían revelan un desempleo aún de 10,6%, una pobreza del 44% y una indigencia que todavía involucrará al 11% de la población.

Dinámica del mercado de trabajo un año después del surgimiento de la pandemia Impacto en la incidencia de la pobreza. Proyección al 2T-21*

TA	TO	TD		Salario real promedio, a/a			
				-7%	-3%	0%	3%
38,4%	33,4%	13,1%	<i>Sin recuperación del mercado de trabajo</i>	50,4%	49,3%	48,6%	47,6%
47,2%	38,1%	19,9%	<i>Recupera TA, sólo 50% encuentra empleo</i>	48,6%	47,9%	46,8%	44,6%
47,2%	39,9%	15,4%	<i>Recupera TA, sólo 75% encuentra empleo</i>	48,0%	46,4%	45,7%	44,8%
47,2%	42,3%	10,6%	<i>Recupera TA, 100% encuentra empleo</i>	47,2%	45,8%	44,0%	42,9%

Fuente: LCG

*Se asume inflación del 50% ia; movilidad 35% ia

Dinámica del mercado de trabajo un año después del surgimiento de la pandemia
Impacto en la incidencia de la indigencia. Proyección al 2T-21*

TA	TO	TD		Salario real promedio, a/a			
				-7%	-3%	0%	3%
38,4%	33,4%	13,1%	<i>Sin recuperación del mercado de trabajo</i>	14,7%	14,4%	13,9%	13,5%
47,2%	38,1%	19,9%	<i>Recupera TA, sólo 50% encuentra empleo</i>	13,3%	12,6%	11,9%	11,8%
47,2%	39,9%	15,4%	<i>Recupera TA, sólo 75% encuentra empleo</i>	12,7%	11,8%	11,4%	11,6%
47,2%	42,3%	10,6%	<i>Recupera TA, 100% encuentra empleo</i>	11,2%	11,4%	10,6%	10,6%

Fuente: LCG

*Se asume inflación del 50% ia; movilidad 35% ia

En un escenario pesimista, basado en que los inactivos, como se mostró previamente, tienen altas chances de permanecer en la inactividad y que si se reinsertan al mercado laboral tienen más posibilidad de ser desocupado que de estar empleado, y que la aceleración inflacionaria hará perder 7% adicional de salario real, entonces la desocupación sería entre 13% y 19%, la pobreza se encontraría entre un 48,6% y un 50,4%, y la indigencia entre 13,3% y 14,7%.

Los escenarios completamente extremos en optimismo/pesimismo respecto a la actividad y los salarios otorgan márgenes estrechos. El más optimista de la recuperación debería ser pesimista con los resultados a alcanzar, y el más pesimista de la recuperación debe advertir que la situación del segundo trimestre de 2020 se perpetuará y profundizará levemente. En resumen, una pobreza que puede en el mejor de los casos ir al 44% y en el peor de los casos (de estos escenarios planteados) escalar al 50,4%.

Entonces, la respuesta lógica pareciera que es que habrá que hacer políticas de redistribución más efectivas. Los resultados efectivamente se consiguen. En un escenario en el cual se asumen que los inactivos surgidos de la pandemia vuelven al mercado pero que solo 3 e 4 consiguen un empleo, y que el salario real ajusta 3% anual, si se mantiene el IFE la pobreza caería a 44,3%; si se suma un bono de \$5000 a jubilados, pensionados y beneficiarios de un plan social se podría aspirar a un 38,5%; y si ese beneficio fuera de \$10.000 como el IFE, podríamos retomar un nivel de pobreza de 33,8% hacia el 2 trimestre de 2021.

Efecto de la asistencia social sobre la pobreza e indigencia

Proyección 2021*

	Sin bonos	IFE (desocup. + informales): \$ 10000	Jubilados y pensionados + Benef. Sociales: \$ 5000	Jubilados + Benef. Sociales: \$ 5000 IFE: \$ 10000	Jubilados, pensionados + Benef. Sociales + IFE: \$ 10000
Pobreza	48,0%	44,3%	40,8%	38,5%	33,8%
Indigencia	12,7%	9,5%	7,1%	6,0%	4,0%

Fuente: LCG

*Se asume que la tasa de actividad recupera los niveles de 4T-19 (47,2%), pero que sólo el 75% de los inactivos que volvieron al mercado consigue empleo (TO: 39,9% y TD: 15,4%). El escenario macro asume inflación del 50% ia al 2T-21, salarios al 40% ia y movilidad al 35%

Todo este análisis de transferencias asume que existe exogeneidad entre las variables. Pero detengámonos en un punto, el costo fiscal de esto sería de al menos 0,18% del PBI por mes para el Estado. Cuando se extrapola a toda la población en lugar de los relevados en la EPH el costo podría hasta casi duplicarse.

Efecto de la asistencia social sobre la pobreza e indigencia

Proyección 2021*

	Sin bonos	IFE (desocup. + informales): \$ 10000	Jubilados y pensionados + Benef. Sociales: \$ 5000	Jubilados + Benef. Sociales: \$ 5000 IFE: \$ 10000	Jubilados, pensionados + Benef. Sociales + IFE: \$ 10000
Pobreza	48,0%	44,3%	40,8%	38,5%	33,8%
Indigencia	12,7%	9,5%	7,1%	6,0%	4,0%
Costo fiscal, % PBI	-	0,03%	0,12%	0,15%	0,18%

Fuente: LCG

*Se asume que la tasa de actividad recupera los niveles de 4T-19 (47,2%), pero que sólo el 75% de los inactivos que volvieron al mercado consigue empleo (TO: 39,9% y TD: 15,4%). El escenario macro asume inflación del 50% ia al 2T-21, salarios al 40% ia y movilidad al 35%

En un año esto llevaría a incrementar 50% el déficit proyectado para todo 2021, asistencia de 2,5% del PBI anual. Ese escenario no es compatible seguramente con 50% de inflación, y, a su vez, ese escenario es incompatible con uno de recuperación de la tasa de actividad y de ocupación.

Volviendo al túnel de Hirschman

Actividad, desigualdad y pobreza. Algunas conclusiones.

Retomando el análisis de Hirschman mencionado al principio, un carril no está avanzando. Siendo optimistas podemos esperar que el otro carril empiece a fluir, pero mientras haya uno atascado la desigualdad se perpetúa y los riesgos de dejar de crecer aumentan.

En esa economía donde no hay tránsito fluido por muchos lugares, no hay donde colarse más que en algunos refugios, aparecen comportamientos de rent seeking que fomentan la corrupción, la subdeclaración de ingresos, la evasión fiscal, el aprovechamiento del Estado como herramienta para avanzar económicamente, y básicamente abalanzarse sobre cualquier caja que exista. Esa sociedad funciona con incentivos desalineados, incentivos que atentan contra el crecimiento independientemente de la mirada subjetiva que se tenga de cómo debe distribuirse la riqueza y/o los ingresos. Afecta a cómo se generan los ingresos y al funcionamiento de la macroeconomía.

La conexión entre desigualdad y crecimiento es bidireccional y es un problema objetivo. Ahí salimos del aspecto normativo, es algo que importa en términos de eficiencia. En ese contexto, es útil tener esta radiografía de la situación actual, algo de información de las verdaderas posibilidades de salir de algunos círculos viciosos. De las chances objetivas de ir corrigiendo el camino más allá de slogans acerca de “pobreza cero” basados en modelos de crecimiento mágico que provoque derrame o “crecimiento con inclusión social” donde la inclusión no es efectiva y se refleja en el estancamiento del crecimiento.

No habrá quien esté en desacuerdo en decir que de esto se sale con crecimiento, como si este fuera caído del cielo. Pero el problema de la endogeneidad planteado en el apartado anterior entre déficit fiscal, actividad e inflación es apenas solo un ejemplo de las interconexiones entre crecimiento, desigualdad y pobreza.

Las conexiones con la macroeconomía son múltiples. La distribución da una pista de cómo rastrear la generación de ingresos, la generación da pistas de la propiedad y productividad de los factores de producción en sentido amplio (capital físico, humano, tierra, etc.) que genera muchos de los debates distributivos. En sentido inverso, nos da pistas hacia delante, cómo se asigna ese ingreso, por qué el país tiene tasas de ahorro bajas, por qué tiene entonces niveles de inversión bajos y hasta por qué choca con restricciones de puja distributiva, disponibilidad de divisas y falta de recursos del lado de la oferta.

En Argentina empiezan a instalarse distintos conflictos que enmascaran cuestiones distributivas de una torta pequeña. Retenciones, fórmula de movilidad, negociaciones paritarias, etc. Debajo de todas estas discusiones se está hablando de desigualdad, algo que pasa por delante de nuestros ojos, pero no muchas veces nos detenemos a pensar en sus interconexiones con el crecimiento.

Hay gente que tiene distintas posturas acerca de la desigualdad. Desde que 'tienen ingresos bajos porque quieren' hasta 'todos deberíamos ganar lo mismo'. No vamos a entrar en una cuestión subjetiva, el problema quizás más relevante es que, así como el crecimiento efectivamente disminuye la pobreza, la desigualdad provoca problemas de crecimiento y perpetúa la pobreza.

Sobre la pobreza no se puede ser impasible, porque con los elevados niveles que existen termina influyendo sobre los ingresos que percibe hasta el más indiferente a través de mecanismos de redistribución. Mecanismos que terminan generando una sociedad de descarte, basada en asistencia que corre por detrás del problema financiada con alta presión tributaria que genera desde polarización hasta crisis macroeconómicas debido a la insostenibilidad de estos esquemas de crecimiento.

Así, quizás profundizando sobre estos temas podamos razonar que la solución no puede ser repartir la renta excedente de un sector exportador, ni tampoco a hacer una sociedad de iguales que detenga el crecimiento distorsionando incentivos. Los problemas macroeconómicos son en parte endógenos a los mismos modelos de desarrollo que se pretenden instalar.

Estos problemas estructurales que acarreamos desde, al menos, la última década y el posterior hundimiento del 2020 nos dejan en un punto de partida cada vez más lejos de un objetivo de crecimiento sostenido. El clima político y la polarización dificultan la cuestión y el nivel del diálogo político actual (si existe) es casi vergonzoso.

Del crecimiento a la desigualdad y luego a la pobreza.

Sin dudas el crecimiento genera reducción en la pobreza. Y esa relación está validada empíricamente. Más aún, cuando el punto de partida es muy malo, el crecimiento ayuda a disminuir rápido la pobreza, algo que en Argentina vimos después a la salida de la crisis de la Convertibilidad. Ahora bien, la idea de un crecimiento que necesariamente lleva a la desigualdad y que en algún punto derrama haciendo caer la pobreza y teniendo una sociedad más igualitaria, la famosa U invertida de Kuznets, existe, pero también hay que tener en cuenta que los factores distributivos afectan al crecimiento y pueden frenar el proceso haciendo que nunca se logre un nivel de renta per cápita alto, baja pobreza y desigualdad.

De la (des)igualdad al crecimiento y luego a la pobreza.

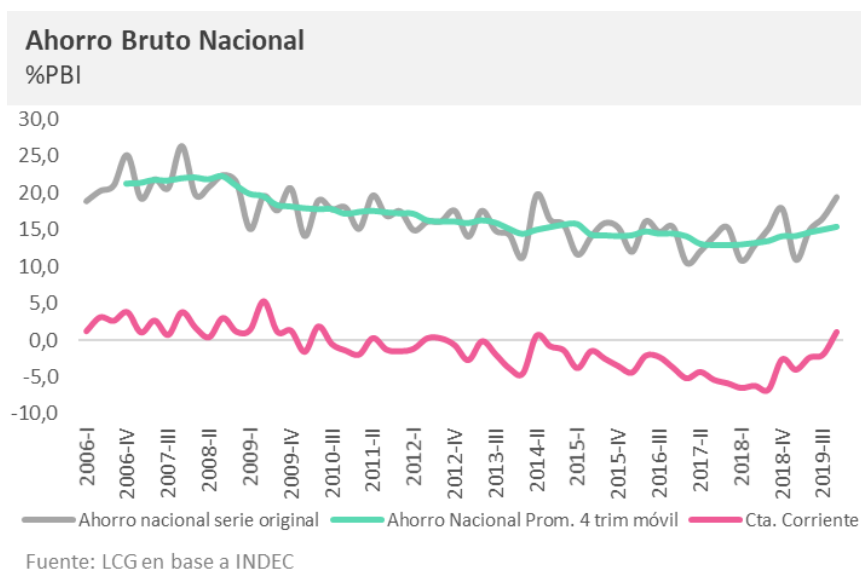
Desigualdad y productividad

Ya hemos hecho énfasis en informes anteriores (ver Instantánea económica: "Perfil de (de)crecimiento argentino en la nueva década perdida") que Argentina está perdiendo la carrera de la productividad y ello genera desigualdad. Ahora, la desigualdad también genera problemas de productividad. Lo normal en una sociedad es que el crecimiento de la productividad haga acumular conocimiento (técnicas de producción, formación académica, educación, etc.) y eso conlleve a mayor crecimiento.

Ahora, cuando la propia desigualdad descarta o margina a parte de la sociedad impidiéndole acceder a mejores cualificaciones (acceso a la educación, salud, etc.) entonces la productividad cae, y la rueda funciona en la dirección inversa. Cuando el problema se torna estructural, ni siquiera el avance de rentas extraordinarias en un sector pueden paliar estos efectos. El nivel de desigualdad es tan alto que un sector rentable en vez de ver que genera efectos multiplicadores se lo percibe como un ganador entre muchos perdedores y no como un ganador entre muchos normales. El conflicto alrededor de esa renta extraordinaria aparece y termina cortando incluso el crecimiento de ese sector que se siente amenazado por la carga impositiva que tiene que soportar para lograr esa igualdad.

Desigualdad y ahorro

La teoría muchas veces esgrime que la sociedad necesita de la desigualdad para generar sectores ‘ricos’ que ahorren. No parece evidente, actualmente en Argentina la desigualdad es alta y la tasa de ahorro es baja tanto en términos históricos como en relación con el gasto, cristalizado en un deterioro constante del resultado de cuenta corriente del país en los últimos años.



Incluso, la causalidad podría plantearse invertida y en el sentido opuesto: para que una mejora en la distribución de ingresos sea sostenible, debe aumentar el ahorro como condición necesaria. Mejorar la distribución de largo plazo implica un aumento de la inversión en infraestructura, particularmente en lo respectivo a salud, educación e infraestructura general.

De no contar con un aumento genuino de ahorro doméstico, los procesos de redistribución vía transferencia directa deterioran la cuenta corriente hasta llegar al inevitable ajuste vía precios (aumento de tipo de cambio real) que empobrece súbitamente a los habitantes.

Por otro lado, se necesita de mayor igualdad para que se desarrolle el mercado de capitales, ¿cómo un “pobre” atravesará un shock transitorio si no tiene acceso y cómo un “rico” conseguirá retorno para su ahorro y riqueza si no hay dónde colocar esos fondos?

Recapitulando

Aquí las cosas dichas suenan evidentes, pero paradójicamente se vuelven más complejas cuando uno las cristaliza. Sociológicamente se percibe a la desigualdad como una lucha. “El de al lado quiere que yo financie su renta baja, justo yo que trabajo todo el día, es injusto”. Es difícil internalizar las externalidades de la igualdad. El de al lado tiene que avanzar a la par también para que esto sea sostenible para todos. Se crean falsos dilemas y la sociedad se polariza.

Al punto que se llega al otro extremo, “hay que igualar para crecer, entonces hay que redistribuir ingresos”. Esa es una mirada muy simplista de un proceso más complejo. Que de esa vereda se acuse de simplista a la teoría del derrame es igual de ridículo que desde bajo la óptica de esta última se desestime el problema de la desigualdad.

Ambos extremos derivan en crisis macroeconómicas. En la segunda, si la ‘igualdad’ no incorpora un significado más amplio que el de la dimensión única del ingreso, no se produce crecimiento. El conflicto de distribuir algo pequeño arruina las cuentas públicas o genera pujas de distribución de migajas. En la primera, la de la “meritocracia pura”, genera conflicto distributivo que no permite que se completen los mercados y la economía funciona en un subóptimo que terminará haciendo socialmente inviable llegar a ser un país de renta alta e igualitario con baja pobreza. En el medio faltará inversión en capital físico y capital humano, principalmente.

Parte de la grieta actual pasa por una discusión entre ‘redistribución’ o ‘asignación eficiente para crecer’. Es un falso dilema, pero que en el corto plazo confunde, porque los efectos de un ciclo virtuoso de crecimiento, igualdad (en sentido amplio) y reducción de pobreza existe y se da en el largo plazo. Como mucho debería existir el debate “¿por dónde empezar?”, pero nunca plantearlos como modelos antinómicos.

El actual nivel de rumbo del país llega a ser ridículo, se habla de la necesidad de generar empleo para una fuerza laboral no cualificada y al mismo tiempo se pretende avanzar en insertarse al mundo exportando servicios intensivos en capital humano. Esos niveles de contradicción son, en alguna medida, el producto del fracaso de no comprender adecuadamente en el pasado y en el presente las interconexiones entre crecimiento e igualdad y entenderlas como un ciclo o relación bidireccional en lugar de ponerlas en extremos contradictorios.